

*Segundo Alvarez Arteta*  
**SEGUNDO ALVAREZ ARTETA**

E-814  
ALYA

# DISCURSO

ESCRITO PARA LA SESIÓN DE CLAUSURA

DEL

# Congreso Hispano-Americano

EN MADRID

el día 18 de Noviembre de 1900.



**MADRID**

ROMERO, impresor.—Calle de la Libertad, 31.

TELÉFONO NÚMERO 875

**1900**

SEGUNDO ALVAREZ ARTETA

---

# DISCURSO

ESCRITO PARA LA SESIÓN DE CLAUSURA

DEL

## Congreso Hispano-Americano

EN MADRID

el día 18 de Noviembre de 1900.



MADRID

ROMERO, impresor.—Calle de la Libertad, 31.

TELÉFONO NÚMERO 875

1900

# A los Congresistas Hispano-Americanos

---

*Por indisposición de su autor, no pudo pronunciarse este discurso en la clausura del Congreso Hispano-Americano, según constaba en el orden del día y habíase anunciado en la prensa.*

*El autor, llevado del propósito de que estas notas, tan en íntima y perfecta armonía con las del memorable Congreso, no queden perdidas, se ha decidido á publicarlas, en la seguridad de que serán acogidas favorablemente; y, al publicarlas, cumple el sacratísimo deber de dedicarlas á la*

## **UNIÓN IBERO-AMERICANA**

*como prueba del entusiasmo que le inspiran los inteligentes y abnegados iniciadores del Congreso, y como testimonio de la gratitud y respetuosa admiración que para ellos guarda.*

Madrid y Noviembre 21 de 1900.



**S**ACERDOTE CATÓLICO es mi nombre, Excelentísimos señores, señoras y señores; mi apellido, *Hispano-Americano*; nombre y apellido que valen por sí solos lo que mil títulos de gloria, y que justificando mi presencia en este casi sagrado recinto, prestan, al propio tiempo, mérito y valor á mis palabras; apellido y nombre que no os son extraños, y que menos podrían serlo ahora, cuando vais dando tan elocuentes pruebas de cómo abundan en medio de vosotros las nobles y levantadas ideas, el más recto é ilustrado criterio, con los más generosos sentimientos.

Autorizado por la exquisita cortesanía del Excelentísimo señor Ministro de Estado y Presidente de este Congreso, como también por la indulgente benévolencia del Excelentísimo señor Nuncio de Su Santidad, para hablar en esta ocasión solemne, dejo de ser, por este hecho, y siquiera por este momento, el obrero desconocido en el inmenso y fecundo camino de las ideas; desaparece, por ahora, mi personalidad humilde, y hablan por mí el amor sincero y el entusiasmo ardiente de un hijo de América que, desde que tuvo en ejercicio su razón, ha contado siempre, en unánime cadencia, los atidos de su pecho, por su Dios y por su Patria, por la América y España; hablan por mí los triunfos, los méritos, las glorias de la clase santa y sacerdocio real á que inmerecidamente pertenezco.

Identificada esa clase con toda idea generosa y con toda aspiración y sentimiento de concordia y paz, defensora ella,

comenzado hoy otro linaje de conquistas, el de las pacíficas pero seguras y omnipotentes del Amor.

Esta ha sido, y es, la noble, constante idea de la América Española. Fué éste el pensamiento generador de este Congreso, á cuyos acentos se ha conmovido el mundo; y estos serán, sí, yo no lo dudo, los felices resultados de vuestros afanes y aliento, de vuestra abnegación y poderosas fuerzas.

¡ Así le pide á Dios, lleno de fe y de firmísima confianza, mi corazón de sacerdote católico y de hijo entusiasta de la tierra Americana !



Hermoso espectáculo, en efecto, el de la Madre rodeada de sus hijas, para librar con ellas, en espléndido torneo, las lides de la civilización y del progreso. Madre, sí, no hermana mayor únicamente; Madre Patria es, para las Repúblicas hispano-americanas, España, la noble y poderosa nación que crió, por así decirlo, y civilizó un mundo con la sangre de diez y seis millones de sus hijos.

Y á la magnitud del hecho van á responder naturalmente, por dicha nuestra, sus benéficos resultados. Sapiientísimos acuerdos; bien meditadas conclusiones; muy luminosas, redentoras ideas; valientes, enérgicas afirmaciones profundamente discutidas, van á dejar puesto muy alto el nombre de este Congreso Hispano-Americano, y por ende el glorioso prestigio de España y de las repúblicas de la América Latina.

Ciencias, Artes y Letras, Jurisprudencia y Economía Pública, Enseñanza y Relaciones Comerciales, Exposiciones Permanentes, Transportes, Correos y Telégrafos, Relaciones Bancarias y Bursátiles, Prensa y Arbitrajes: he ahí un programa atrevido, colosal; yo le llamaría inmenso casi. Quince ó veinte congresos fueron necesarios en París, durante su hermosa Feria Universal que acaba de pasar, para dilucidar los mismos temas y llegar á conclusiones prácticas. Vosotros habéis realizado, sin embargo, todos vuestros propósitos; habéis dado vida á vuestros grandiosos ideales, y podéis estar seguros de que vuestros acuerdos y resoluciones han de traducir su mérito y eficacia á la práctica feliz, para bien de las naciones por cuyos intereses habéis trabajado sin cejar en dificultades, llenos de fe ardiente y de inquebrantable confianza en el porvenir. Están de vuestro lado el ascendiente irresistible de la verdad, las simpatías de todos los corazones generosos, el aplauso entusiasta de todos los buenos, y el reconocimiento de los pueblos cuyas leyes y costumbres, industria y riquezas, moral, educación y libertad, han recibido poderoso impulso y orientaciones hasta hoy no conocidas, ó ensayadas por lo menos, en nuestra raza.

Lanzadas las ideas nace la discusión, y de ésta procede, fecundo, el germen que, por más que se desarrolle lentamente, ha de producir eficaces resultados con el andar del tiempo y con la fuerza avasalladora de la convicción, que va encarnándose en la conciencia de los individuos y de las sociedades, aleccionadas con las rudas experiencias de diez y nueve siglos.

Mi óptima confianza á este respecto reposa sobre la base de incommovibles fundamentos: lucha nuestra raza, muy á tiempo, para reconquistar todos sus fueros; las naciones por vosotros aquí representadas se inspiran en las ideas y aspiraciones que habéis resuelto perseguir con firmísima constancia; y cuando me faltara todo motivo de esperanza, ya me sobraría con el que me presta, poderoso, deslumbrador, el convencimiento de que todos y cada uno de vosotros sois capaces de procurar el triunfo de los principios, que dejáis sentados como salvadores de nuestros más caros intereses. ¿Quién puede desconfiar, en efecto, del éxito anhelado, por poco que considere la nómina ilustre de todos cuantos habéis arrimado el hombro á esta obra grandiosa de redención y vida? De aquí, de España, todo cuanto ella tiene de más granado y valioso entre sus hijos: vosotros, los privilegiados del talento y la fortuna, de la Política y las Letras, de las Ciencias, las Artes y la Industria; vosotros, descendientes de héroes y de descubridores de mundos nuevos; vosotros, en fin, los que formáis esa pléyade ilustre que ensalzaba arrebatado, en su Poema-Discurso, el noble representante de la República de Méjico. De América los veteranos de la sabiduría y amadores apasionados de la libertad: los nombres de todos ellos, los nombres de Sierra y Zaldívar, de Blest Gana y Betancourt, de Deustua y de Medina, de Zárraga y Pallarés Arteta, de Zuleta, los Carreras y Velasco, de Mitre y Zumeta, de Villanueva, González Guardia, Herrera Obes y Machaín, son la más preciosa garantía de nuestras legítimas esperanzas.

Con una legión así de atletas de la Idea Verdad y de bata-

lladores insignes por la Justicia, la perplejidad se convierte en certidumbre, no hay sacrificios que parezcan imposibles, ni esfuerzos que no sean realizables. Ellos simbolizan todo cuanto hay de noble y grande, de abnegado y generoso, de inteligente y varonil, en esos pueblos que quieren ocupar con razón el puesto que les está señalado en la vanguardia de los pacíficos ejércitos que han de realizar, por el triunfo de los eternos principios de la Moral y la Equidad, las magníficas conquistas de la verdadera Libertad.

Y para que nada faltara de todo cuanto significa aliento y esperanzas, y de todo lo que aquí debía hacerse presente como factor poderoso para los triunfos del porvenir, aquí estáis vosotras, formando un sólo corazón, una sola alma, nobles é ilustres damas españolas y americanas. ¡No, la mujer no podía quedar extraña á este movimiento, porque siempre tuvo puesto de preferencia en todas las gloriosas epopeyas de nuestra raza!

Yo no sé después de cuánto tiempo ha de suceder esto; pero tengo fe en que ha de llegar un día cuando las naciones, por ley de ineludible necesidad, por el empeño de la propia existencia, por la guarda de su soberanía y fueros, han de apresurarse á crear una especie de humana Omnipotencia, Entidad Moral superior á cada una de ellas, resultado de la voluntaria y redentora enajenación de una parte de soberanía con que ha de contribuir cada cual, para que haga efectivo, ese Moderador Supremo, el imperio de la Justicia reprimiendo al poderoso, cuando quiera desleal volver la fuerza y sus desmanes contra el débil asistido de razón y de legítimos derechos.

Y no hay en esto, señores, una idea antitética, como puede suponerse falsamente: no se trata de buscar el triunfo de la paz por la imposición sangrienta de la guerra.

Entiendo yo que la acción de las grandes potencias, coligadas en estos días contra el Gran Imperio Asiático, que ha retado al mundo civilizado, no reviste, cuanto á la idea

y á los principios que la mueven y sostienen, el carácter de la guerra propiamente dicha. A juicio mío, se trata, sí, de salvar los fueros de la Moral y la Justicia y de imponer la paz por el ineludible recurso de la fuerza; pero ésta no es, en el sentido filosófico, y aun jurídico, de la palabra y de la idea, no puede llamarse, en este caso, guerra. Es el castigo que la Civilización inflige á la Barbarie; es la terrible sanción penal, el anatema formidable con que la Justicia y el Derecho universales refrenan los ímpetus salvajes del Crimen, y los sangrientos delirios de una raza que desconoce los dictados eternos de la Razón y la Verdad.

No soy yo quien ha de pensar, ni remotamente siquiera, que los pueblos de nuestra raza hayan de compararse á esas bárbaras hordas que así se han concitado la reprobación del universo; pero autorizado desgraciadamente por dolorosas y recientes experiencias que nos están diciendo cómo, también bajo los disfraces del *humanitarismo* defensor del hombre contra el hombre, se esconden, pérfidas y repugnantes, las concupiscencias de los poderosos que necesitan sacrificar al débil; pregunto si las naciones que quieren inspirarse en el espíritu de vuestras sabias y providentes conclusiones, no han de aspirar, con miras sublimes, á ver convertidos en realidad consoladora sus ideales de asegurar eficazmente los fallos de la Justicia, con el cástigo de la deslealtad y del perjurio, con la condenación de los desmanes impudentes de la fuerza.

¿Qué van á escandalizarse esos poderosos de la tierra porque vosotros queréis la sanción positiva para que esos fallos de la Justicia no queden convertidos en ludibrio de la ambiciosa altivez ó del capricho, ni se truequen en ridícula farsa las aspiraciones de la Paz y la vindicta del Derecho?..

Señores: hay una Justicia Eterna, que fué invocada muy oportunamente en una de vuestras brillantísimas discusiones. Porque es eterna, es paciente esa Justicia, y tolera los atentados contra sus divinas leyes todo el tiempo que lo consiente su Misericordia, que es inmensa. Pero cuando llega la

hora de la sanción, cuando se hace necesario el castigo, estalla terrible, avasalladora, como el ímpetu desencadenado de mil huracanes y deshechas tempestades; y entonces sacude y hiere, trastorna, arruina, destruye y mata; y es la misma que con los individuos su sabia economía en el Gobierno de los pueblos. Convertid, por eso, vuestras miradas al fondo de las selvas ensangrentadas de Africa..., llevadlas de allí á las salvajes hecatombes de la China con sus consiguientes complicaciones y trastornos y decidme, como buenos y leales, si es ilusoria la existencia de esa Justicia Eterna, y si no estamos presenciando la lección terrífica y elocuente que enseña á las naciones cómo hay una sanción superior, poderosísima, y cómo existe un anatema bajo el cual caen, por igual, los que pasean en triunfo los criminales atentados de la fuerza, y los que egoístas, pusilánimes, cobardes los aplauden y consienten, cuando no besan tal vez, humildes, la mano que acaba de sacrificar al inocente.

.....

¡ Ved aquí uno de esos altísimos, inescrutables designios de la Justicia Eterna: los crímenes perpetrados en un continente quedan expiados en otro; y eso de modo que, los fuertes que como instrumentos de Ella los castigan, han recibido primero el comienzo de la severa corrección de su propia delincuencia!

En esto encuentro, antes aún que en ninguna otra cosa, el mérito y el alcance de vuestra obra, ilustres miembros de esta Asamblea augusta: sois los primeros que levantáis la voz para eliminar del mundo estas grandes prevaricaciones de los pueblos, proclamando el imperio de la paz, sostenida por los fallos de una sanción vindicativa y soberana, que modere, corrija y castigue, imitando en sus dictados los procedimientos de la Sabiduría Divina.

Cuán satisfechos y legítimamente enorgullecidos debéis, pues, volveros, á ese grande, idolatrado hogar que llamamos Patria, señores representantes de las repúblicas hispano-

americanas ! Vais, mensajeros de concordia, llenos de entusiasmo y de alientos creadores ; os entregamos el triunfo de nuestra causa ; ha tocado á vuestras puertas, pordiosera divina, la Paz en demanda de vuestro poderoso favor : cándida paloma que no ha podido detener su vuelo en parte alguna, porque á su paso encontró por donde quiera cadáveres y ruinas, ha llegado á España que, en esta ocasión solemne, es el Ararat sublime en donde se están salvando de otro universal diluvio mil inmortales esperanzas.

*Han sido, con efecto, la nota culminante de este Congreso, el aliento, los estímulos vigorosos, la bien fundada confianza, que han nacido y que seguirán siendo acariciados aun por los ánimos más recelosos, y por los más desconfiados espíritus, aun por aquellos que hasta ayer desesperaban casi de la aflictiva situación de España y de las desdichas de nuestra raza.*

¡ Ah ! el desaliento, los pesimismo, qué cáncer y qué daño, yo diría más aún, qué crimen tan imperdonable como falto de razón. Y yo los encuentro, por desgracia,—perdonadme esta declaración que apenas si es respetuosa y confiada queja,—yo los encuentro en España por donde paso, y me lastima profundamente la tristísima alegría que, á una, oigo cantar en este hermoso suelo de los poemas, así á los individuos como á muchas conspicuas colectividades. Hace diez y ocho meses que llené mi afán de pisar tierra española, y en el decurso de este tiempo he necesitado muy grandes energías para defender mi criterio contra el pesimismo y el desaliento avasallador de los propios españoles. De creerles á ellos, ya sería necesario nada menos que andar buscando la inmensa lápida funeraria, que cubriese los despojos de esta patria de colosos y titanes.

Y no es que yo quiera sostener la absurda y nociva conveniencia de ocultarse á sí propio, las graves dolencias y las rudas desventuras que demandan ser conocidas y ponderadas, si han de recibir enérgico y eficaz remedio, no. Pero sí creo que de la suma, enorme si se quiere, de males y desdi-

chas que se ponderan, debe restarse, por lealtad, por justicia aún, por patriotismo, la imponente y muy significativa suma de bienes y de poderosos elementos para la restauración y engrandecimiento de un pueblo que puede ostentarse como ahora, erguido, con justicia, haciendo gala de sus legendarias glorias, y pronto á renovar la epopeya inmortal de sus proezas.

No puedo enumerar ahora, porque ya debo concluir sin abusar más de vuestra indulgencia, el cúmulo poderoso de bienes con que España cuenta para llevar adelante lo que le falta de su gloriosa misión *ad extra* en los destinos de nuestra raza particularmente, y en general en los del mundo. Ella, que ha ido siempre delante de los demás pueblos en sus siglos de glorias y de venturas, debía precederles también en el sendero de las desgracias, porque éstas llegan ineludibles para todas las razas, para todos los imperios. Ha comenzado ya á sonar la hora de éstas, también para otras naciones del Universo. ¡ Puedan ellas brindar, á su vez, como ahora España, este espectáculo único, excepcional, sublime !

Coronada por los Pirineos que, embelesados no se cansan de mirarla, tiene á sus plantas el Peñón altivo de Gibraltar, que tampoco se harta de besárselas como galán suspicaz y avaricioso que quisiese retenerla, sin atreverse á más, siquiera por la fimbria de su manto. De un lado el Mediterráneo con sus olas argentadas, el Atlántico del otro con sus roncadas tempestades, acuden presurosos á contemplarla, rindiéndole vasallaje, y modulan, para arrullarle, sus cantares, ó celebran sus glorias con estruendosos himnos, al compás de tormentas y huracanes. Así, imponente en su hermosura, y majestuosa, exhibe al universo, al rayar la aurora del siglo xx, sobre la superficie inmensa de los Océanos, la obra colosal de su genio y los titánicos esfuerzos de su raza : no ya un nuevo mundo descubierto únicamente, sino una gloriosa legión de naciones jóvenes pero vigorosas, simpáticas como todo lo de nuestra raza, en toda la plenitud y goce de su soberanía y de la vida civilizada, banqueteando con ella en este magnífico festín de la gran

Confraternidad Hispano-Americana, y sentando con ella las bases para el triunfo definitivo y universal de todo cuanto necesita la Humanidad para llenar sus destinos de inmortalidad y gloria.

Aquí termino, Excelentísimos señores, señores congresistas.

Yo no conozco, yo no sé si exista emblema más hermoso y más preciso, ni más elocuente, expresiva y delicada síntesis de la idea hispano-americana al emanciparse nuestro suelo de la Madre Patria, que la Bandera de mi patria el Ecuador, de Colombia y Venezuela. El día de la libertad de la gran Colombia necesitaron sus caudillos señalar una bandera que comenzase á simbolizar sus glorias y sus derechos traduciendo el sentido de su aspiración sublime. Hijos reverentes y agradecidos, nobles y esforzados capitanes, herederos de legendaria, castellana lealtad, y de elevados sentimientos, no despedazaron, no, el pabellón de España; abrazáronse con él, y al levantar sus ojos al Cielo para ponerle por testigo de que había en el mundo una soberanía más, halláronle tan hermoso, tan límpido y sereno que, en arrebatado entusiasmo le pidieron su transparente azul, y la Gran Colombia tuvo, á partir de ese momento, una bandera. Entre el color encarnado de la soberanía que nuestra Madre Patria nos cedía, y el amarillo de oro, símbolo de la prosperidad y la abundancia que ella nos auguraba, dejándonos para eso, preciosa y fecunda simiente, su sangre, su religión, su idioma, colocaron el azul de la inmensidad del Cielo, emblema de libertad y de nobles ideales; y desde entonces siempre que nuestra bandera despliega al viento sus vívidos colores, flameando orgullosa sobre las cimas de nuestros montes y volcanes, pensamos, llenos de fe, en la poderosa unión de nuestra raza, queremos el inviolable imperio de nuestra libertad y soberanía, y buscamos anhelantes la bienhadada posesión de todos los triunfos y de todas las glorias que nos están señalados como á hijos de la heroica nación, que ha

comenzado hoy otro linaje de conquistas, el de las pacíficas pero seguras y omnipotentes del Amor.

Esta ha sido, y es, la noble, constante idea de la América Española. Fué éste el pensamiento generador de este Congreso, á cuyos acentos se ha conmovido el mundo; y estos serán, sí, yo no lo dudo, los felices resultados de vuestros afanes y aliento, de vuestra abnegación y poderosas fuerzas.

¡ Así le pide á Dios, lleno de fe y de firmísima confianza, mi corazón de sacerdote católico y de hijo entusiasta de la tierra Americana !

